



LA FUNCIÓN DE LAS FUENTES EN LA INFORMACIÓN

Por Hernán Toro

Profesor Titular

Miembro del Grupo de Investigación en Periodismo e Información

Escuela de Comunicación Social

Facultad de Artes Integradas

Universidad del Valle, Cali, Colombia

herntoro@univalle.edu.co

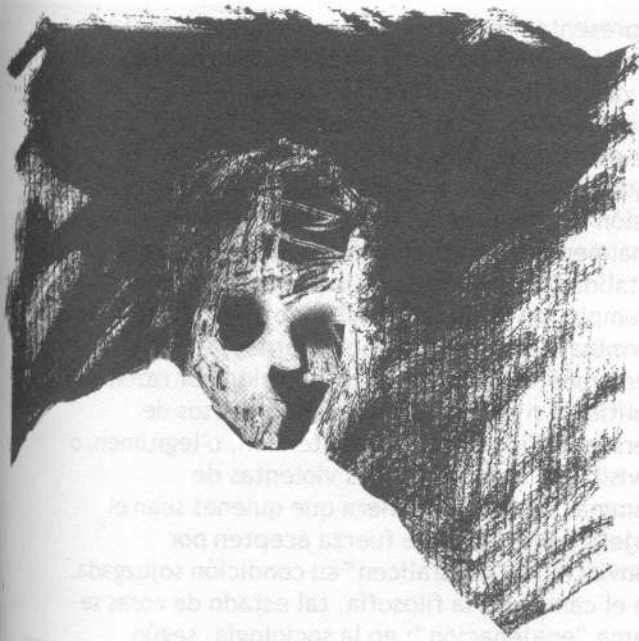
RESUMEN: El uso de las fuentes en los discursos de la información es mucho más que un simple recurso retórico que interviene en la construcción de sus estructuras; de una manera más amplia, las fuentes se inscriben en la estrategia de adhesión ideológica que buscan alcanzar los discursos informativos, y, por esa vía, cooptar al consumidor de las informaciones en las normas socialmente imperantes. El presente trabajo busca explicitar los mecanismos a través de los cuales esa función es alcanzada por las fuentes.

PALABRAS CLAVE: Fuentes, Discurso informativo, Estrategias discursivas, Ideología, Objetividad

E

El asunto principal que anima la escritura de este texto es la presentación de algunas ideas que ayuden a precisar el papel que juegan las fuentes en la construcción del discurso informativo. Para alcanzar este objetivo, debo realizar un recorrido por otros espacios, de cuya conexidad con respecto del tema principal el trabajo aspira a dar cuenta en su desarrollo. Espero que, así, se creen las condiciones de contexto para expresar apropiadamente mi aproximación al problema y para facilitar al eventual lector la comprensión de mis puntos de vista.

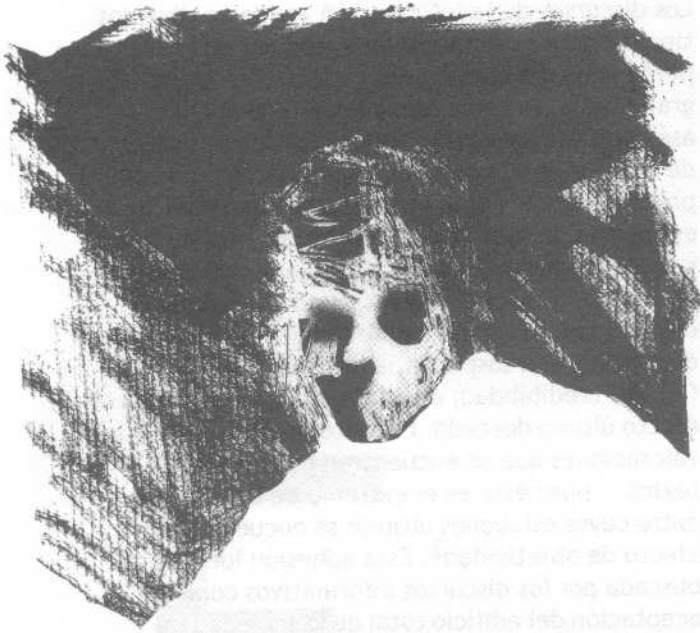
1 La hipótesis de partida que plantea el presente trabajo considera que los discursos informativos, en desarrollo de las suposiciones que nutren la ideología en que se inscriben y que multiplican, dicen reflejar fielmente la realidad que refieren. Se trata del mismo concepto que busca ser traducido a través del término "objetividad" y la compleja diversidad de sus declinaciones ("periodismo objetivo", "discurso objetivo", "imparcialidad", etc.). Por ser considerados objetivos, estos discursos suponen excluir la intervención de cualquier mediación: serían otros los que se expresan en la voz que se deja escuchar. Semejante a la metáfora de la luz y del cristal, la voz de la realidad pasaría a través del cristal del texto sin romperlo y sin mancharlo (sobre todo sin mancharlo) y llegaría hasta nosotros, lectores, ornado con el aura de su inocencia virginal. Gratuidad pura, el discurso (que sería entonces un "discurso" entrecomillado) estaría allí simplemente para cumplir su supuesta vocación de medium esotérico, de inocuidad vicaria. En consecuencia, tampoco habría un agente pues ¿a quién se le puede responsabilizar de lo que no tiene lugar (en rigor, de una utopía)? Discurso y productor son escamoteados tras ese fenomenal pase de magia ante nuestros ojos lectores: el productor porque el texto aparece como un trasvase puro de la realidad; el discurso porque, si es la realidad la que se expresa sin mediaciones, no habría entonces una voz que lo enunciara. De acuerdo a esta lógica, la realidad hablaría por ella misma, entrañando la disolución del sujeto de la enunciación.



Los discursos de la información acuden a diversos tipos de procedimientos para producir en la percepción del consumidor esta ilusión de gratuidad y, en consecuencia, de referencia aséptica a la realidad. Las fuentes son apenas uno de ellos, pero desempeñan, sin embargo, un papel preponderante¹. Este efecto constituye una estrategia discursiva de primerísimo orden pues su alcance permite que se creen las condiciones para su legitimación social: sin la apariencia de objetividad, los discursos de la información están destinados a la sospecha, a la desconfianza, a la falta de credibilidad; ulteriormente, no lograrían el efecto último deseado—la adhesión ideológica a las valoraciones que se encuentran difusas en los textos— pues éste es el extremo de una cadena entre cuyos eslabones últimos se encuentra el efecto de objetividad². Esta adhesión ideológica buscada por los discursos informativos conlleva la aceptación del edificio total de la sociedad tal como ella opera, aunque en circunstancias ocasionales se manifiesten diferencias con respecto a asuntos puntuales; pero las diferencias de momento no son lo suficientemente fuertes para romper las identidades de fondo. Tal caracterización es sobre todo válida en sociedades donde, como la colombiana, los medios no se plantean como un contrapoder sino como un poder más, en disputa de los privilegios que otros poderes—económicos, políticos, ideológicos—tienen o pretenden. Tal es, dicho sea de paso, la enfermedad genética que afecta a los medios en este país: la renuncia a ser contrapoderes para poder disfrutar las ventajas del poder.

2 Si es verdad que en la sociedad se presenta una batalla permanente por el control sobre la significación, uno de los principales escenarios en donde ella se disputa es el de la visibilidad informativa de los acontecimientos y en el de su correlato obvio: el sentido que se confiere a esos acontecimientos. De esta disputa por el sentido participa también la Religión, con la que la información comparte su dimensión ideológica, y la Ciencia, de la que la separa todo. Estoy hablando de la información mediatizada por los medios masivos de comunicación y no en el sentido informático, por supuesto, dado que, en este último, la filiación con la ciencia por la vía de las matemáticas y de la lógica es evidente.

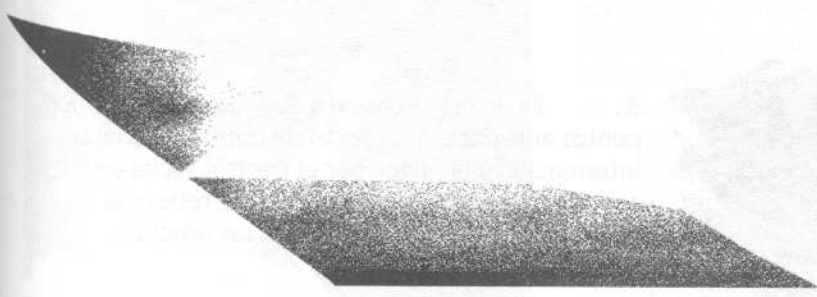
En lo que respecta a la información y sus nexos con el sentido, se trata, dicho de otra forma, de una lucha por el control social sobre las



representaciones, es decir, sobre las percepciones ideológicas en torno a los hechos que acontecen en la vida de los hombres en sociedad. Esta confrontación ocupa un lugar de primer plano en las estrategias de poder y de dominio pues aquellos sectores sociales que logran imponer su visión al conjunto de los otros son los que finalmente regentarán el funcionamiento de la totalidad de la sociedad. Un poder afianzado, por ejemplo, en la coerción militar o en el terror terminará más temprano que tarde derrumbándose (si antes no ha caído por razones políticas) si no se acompaña de procesos de persuasión ideológicos que atenúen, o legitimen, o invisibilicen sus relaciones violentas de dominación, de tal manera que quienes sean el objeto de los actos de fuerza acepten por convicción o "naturalicen" su condición sojuzgada. En el campo de la filosofía, tal estado de cosas se llama "enajenación"; en la sociología, según Pierre Bourdieu, recibe el nombre de "violencia simbólica"³. De allí que una de las primeras acciones de este tipo de gobiernos sea el control sobre los medios de comunicación y el despliegue agresivo de campañas propagandísticas. Por fortuna, la historia de los hombres está llena de ejemplos en los que el control social ejercido fundamentalmente a través de la brutalidad de la fuerza está destinado a su propia disolución⁴.

¿Tendría entonces razón Roland Barthes al afirmar (1987:115) que "lo que persiguen todas las clases sociales no es la posesión de la cultura (...) sino la unidad de los lenguajes, la coincidencia de la palabra y de la escucha"? Ahora bien: si esa unidad es objetivo de "todas las clases sociales", cada una de éstas, por lo tanto, poseería, a través de su lenguaje, su propia percepción de los fenómenos sociales a la cual quisiera que todas las otras se plegaran. Es decir, quisiera que su lenguaje particular de clase terminara convirtiéndose en el lenguaje universal de la sociedad. Las resistencias a esta imposición de sentido generan tensiones que, entre otras cosas, justifican el uso de términos como "batalla", utilizado algunas líneas atrás⁶.

Pero, ¿de qué coincidencia habla Barthes? Salvo como proyecto o como estrategia (es decir, como virtualidad), no habría una unidad de los lenguajes que ilusoriamente implicara una equidad de intercambios entre los que producen los mensajes (los sentidos propuestos) y aquellos que los consumen. Las diferencias reconocibles en la

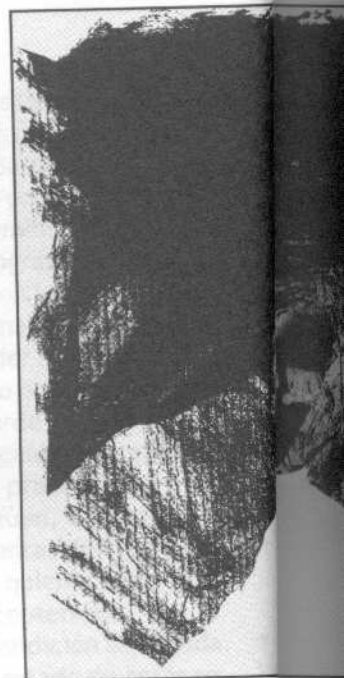
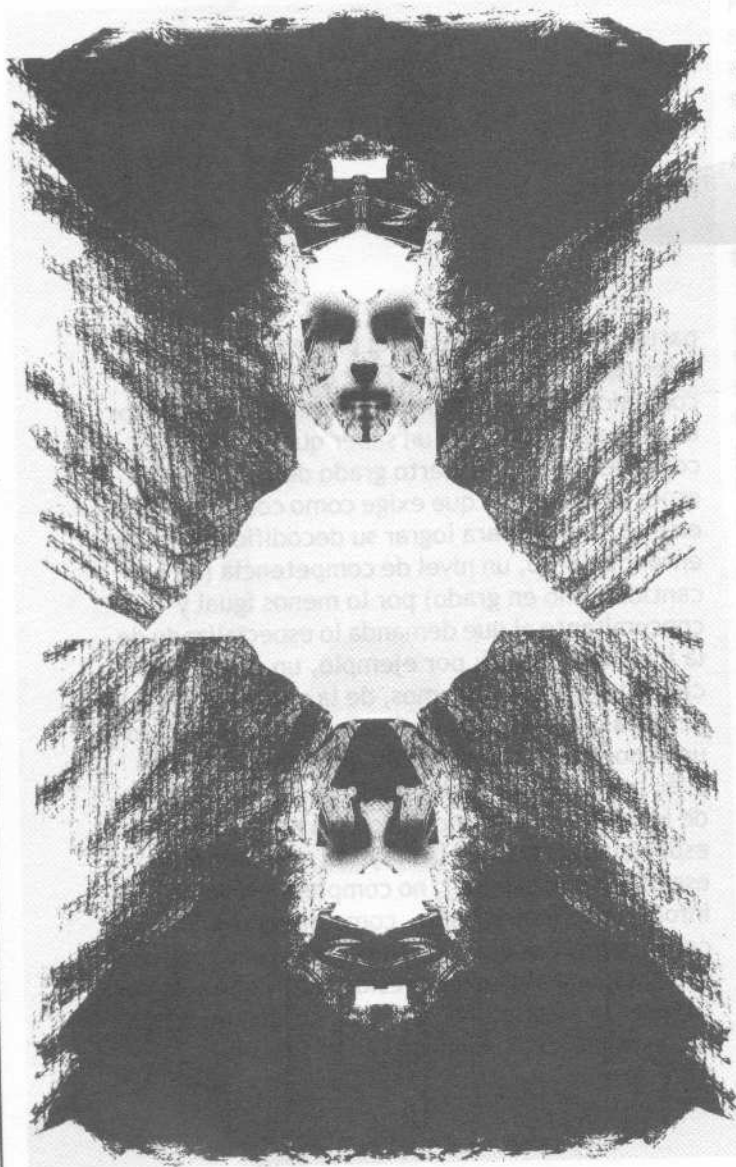


sociedad traducen un desequilibrio estructural que el lenguaje, a su manera, refleja al dispersarse, como un río verbal, en un delta múltiple de lenguajes interpretativos. "Todos entendemos eso que escuchamos en común, pero no todos hablamos de lo mismo que escuchamos", dice Barthes (1987:119). Pues hay siempre un lenguaje (singular) propuesto y unos lenguajes (plurales) receptores que convierten el lenguaje propuesto en la materia prima de sus propios intereses y sueños. La unidad de la diversidad de los lenguajes (es decir, esa coincidencia entre habla y escucha, entre producción y consumo) opera en niveles elementales de comunicación pero se resquebraja cuando las informaciones van especializándose. El problema de la incomunicación (como lo es también el de la incomprensión y el del malentendido) no es atribuible al supuesto desconocimiento de las estructuras profundas y primarias de la lengua -al contrario: todos se apropian de ellas desde la infancia y las usan "naturalmente"- sino a la codificación densa del habla cuando alcanza niveles de complejidad inaccesibles para algunas de las

partes comprometidas en el proceso de intercambio de sentidos. Este déficit comunicativo es fácilmente entendible cuando los lenguajes transportan un saber que contiene, como decíamos, un cierto grado de especialización, lo que exige como contrapartida en el consumo, para lograr su decodificación y su entendimiento, un nivel de competencia (no en cantidad sino en grado) por lo menos igual y concomitante al que demanda lo especializado de la información. Así, por ejemplo, un discurso científico acerca, digamos, de la composición del genoma humano requerirá para ser comprendido un conocimiento cualificado que va mucho más allá, por supuesto, del manejo de las estructuras de la lengua, y cuyo dominio está reservado a los especialistas. Aunque la mayoría entienda el español (como lengua), no comprenderá la información (como habla, como discurso). En cambio, muchos alcanzarán el sentido de, por ejemplo, una alocución presidencial ya no sólo por conocer la lengua sino, además, porque este tipo de discursos está diseñado (en el sentido

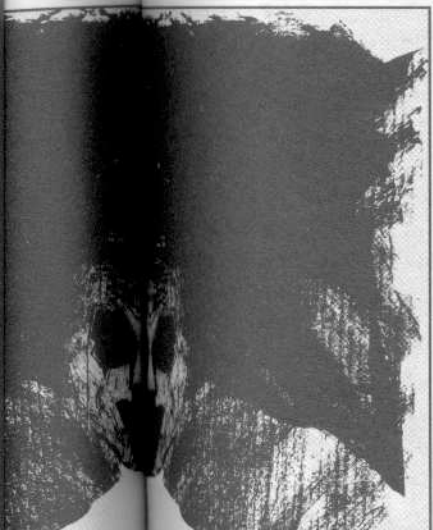
lingüístico, aunque, desde luego, también político) para una comprensión tendencialmente generalizada y no requiere, por lo tanto, competencias especializadas. El espejismo que confunde lo común de la lengua (se da por sentado que todos participamos de ella, que todos tenemos acceso a ella) con su pretendido derivado automático (lo común del habla y de los discursos) conduce a crear una ilusión de igualdad entre producción y consumo. En realidad, todos hablamos la misma lengua como estructura pero no todos practicamos la misma habla como discurso. Los discursos producidos son un hecho invariable y objetivo, inmodificable; su consumo es, al contrario, estallido puro, variabilidad, diversidad. Como de manera bien precisa lo dice Pierre Bourdieu (1995:105): "La competencia lingüística no es una simple capacidad técnica sino también una capacidad estatutaria. Esto quiere decir que todas las formulaciones lingüísticas no son igualmente aceptables y que tampoco son iguales todos los locutores. (...) En realidad, el acceso al lenguaje legítimo es muy desigual y la competencia teóricamente universal, a pesar de ser liberalmente distribuida a todos por los lingüistas, es de hecho monopolizada por unos cuantos."

Sí, sí, tiene razón Barthes : "Todos entendemos eso que escuchamos en común, pero no todos hablamos de lo mismo que escuchamos".



3 Es en este contexto delimitado por los dos puntos anteriores (el efecto de objetividad de la información y la pugna por el control social de los sentidos) donde adquiere particular relieve el papel que juegan las fuentes en los procesos informativos.

Las fuentes -que pueden ser documentos, instituciones, personas- son citadas porque el sentido común les atribuye una autoridad para referirse a los hechos que están siendo tratados en la información. Por estar respaldados de una existencia objetiva y estar revestidos del poder de lo impreso, los documentos llegan al discurso informativo dotados de un aura de imparcialidad incontrovertible. Ellos están allí, antes y después del discurso informativo, y tienen la apariencia de no estar por nada. Si alguien los evoca no es, por así decirlo, de su responsabilidad. Los documentos no toman partido. Lo escrito goza en nuestra sociedad, herencia de varios siglos de predominio de la palabra, de un prestigio como garante de verdad que lo convierte en sagrada escritura. Se acude a él para argumentar como se acude al aire para respirar: nadie lo impugna. Su existencia anterior al discurso informativo permite reforzar la apariencia de objetividad de éste pues los documentos viven independientemente, antes y después, de la palabra que circunstancialmente los concita. Su existir es autónomo con respecto del discurso informativo y es, además, objetivo.



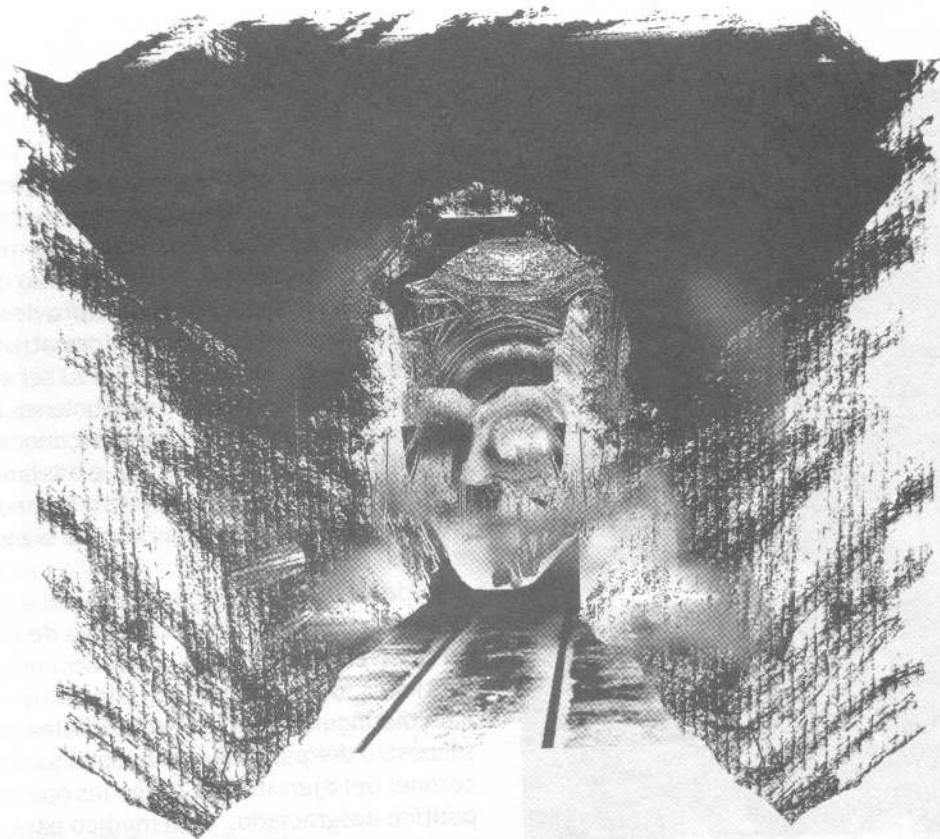
Las instituciones, de su parte, por ser justamente eso (instituciones) y no personas, dicen hablar sin que su discurso se encuentre contaminado de horribles subjetividades. La mistificación es clara: por no ser una persona, la voz de las instituciones no emana de lo emotivo; todo lo que transmiten está dotado de la garantía de lo racional puesto que no proviene de lo humano. Sus informaciones provienen de fuera del discurso informativo para agraciarlo con la dimensión racional que supuestamente aportan. Al ser externa al discurso informativo, la información originada en las instituciones refuerza la idea de la inexistencia del productor de los discursos y del desconocimiento de éstos como resultado de un proceso. Pues si no hay agente que adelante el proceso, no puede haber proceso: discurso con vida autárquica, homeostática, autosuficiente. Se produce la disolución del sujeto de la enunciación.



Cuando las fuentes son personas, su autoridad nace de su poder, de su jerarquía en la escala de control y gobierno o de su nivel de sabiduría (por conocimiento o por participación)⁷. Hipotéticos ejemplos respectivos: se acude a un distinguido jefe de las autodefensas para que hable del secuestro del parlamentario X atribuido a su facción, a un coronel del ejército que dirige las operaciones de rescate del político desgraciado, a un médico para que explique públicamente y dé a conocer así a los plagiarios el manejo de las enfermedades del secuestrado, a un testigo del rapto para que cuente en qué condiciones se produjo el delito. A todas estas fuentes, que se encuentran lejos de ser hipotéticas, se les reconoce autoridad en virtud de la supuesta competencia que les caracteriza. Análogamente a lo que Pierre Bourdieu dice de los "intelectuales-periodistas"⁸, estas fuentes sirven, en razón de su autoridad, para imponer valoraciones de los hechos a los cuales hacen referencia y, en consecuencia, instituyen socialmente la percepción de los acontecimientos. Esta supuesta sabiduría de la fuente, expresada en datos,

admite sin embargo una discusión: ¿es en verdad un "saber" estar en capacidad de relatar las circunstancias en que se ha producido un secuestro? ¿Lo es la revelación de las reacciones militares al hecho delictivo? O, trasladado a otro terreno: ¿Es en realidad un "saber", por ejemplo, repetir de memoria los nombres de los cantantes de la Sonora Matancera a lo largo de la historia? ¿Poder descifrar al trasluz la escritura de un documento? ¿Recordar sin fallas el primer capítulo de *Cien años de Soledad*? El ejercicio de la memoria no es el ejercicio del conocimiento (un buen memorista no es el que más sabe; Isidoro Funes, que recordaba todo, no sabía nada), y la más elemental aproximación epistemológica al problema indica que esas informaciones son sólo datos y no verdaderos saberes.

Por añadidura, estas fuentes se abrogan el derecho de hablar a nombre de todos bajo el subentendido de que son representantes por antonomasia de lo que es llamado "opinión pública". En la construcción del discurso informativo, esta usurpación facilita acudir recurrentemente a fuentes personales que nunca son identificadas, que permanecen inidentificables y cuyo uso bien puede ser una estratagema del productor para negarse como autor (y, por lo tanto, ayudar a crear el espejismo, tantas veces ya señalado en este texto, de una escritura que sólo sería el reflejo desinteresado de la realidad) : hablo de esas (falsas) fuentes evocadas bajo palabras y expresiones como "muchos creen que..."

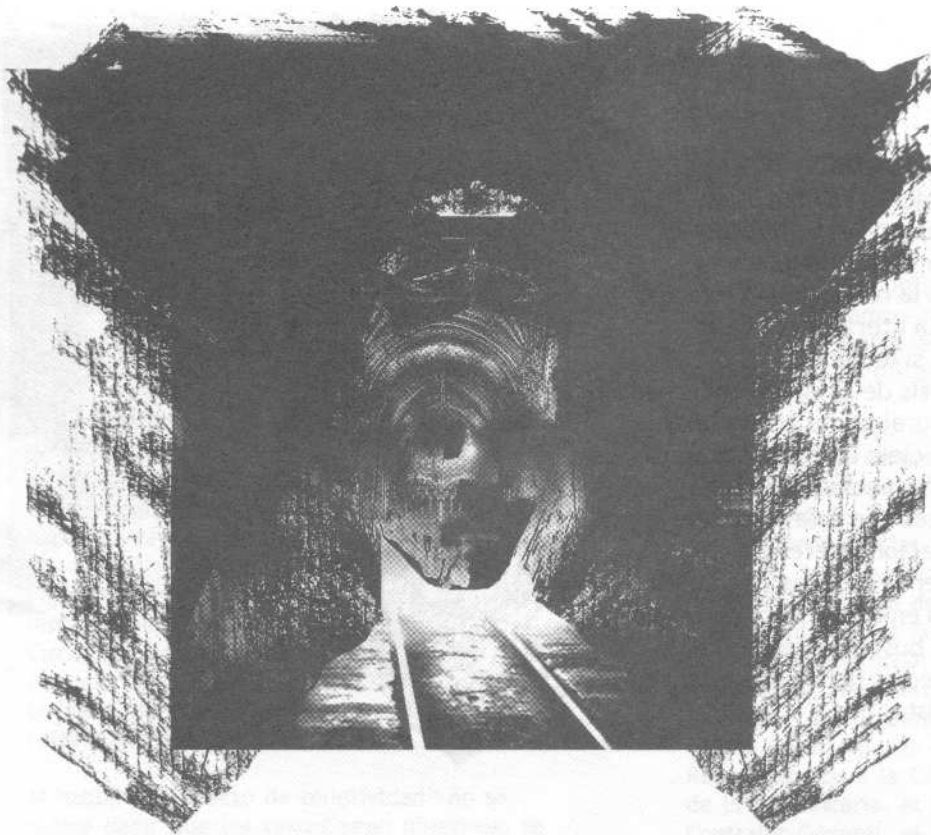


"algunos especialistas piensan que..", "los colombianos estiman que...", "rumores indican que..", "lo que muchos se plantean es que...", "la opinión pública se pregunta sobre...", etc. Esta afirmación negativa de la fuente (pues la reconoce pero no la determina) allana, una vez más, la creación de la idea, en el consumo, de que la configuración del discurso informativo se realiza con elementos que le son exteriores, dotados de existencia previa, posterior y autónoma. El problema del uso de un recurso semejante proviene de la imposibilidad de comprobación de las cosas dichas y de la posibilidad de inventar referencias en realidad inexistentes pero erigidas como ciertas por el sólo hecho de ser atribuidas a alguien. Los acontecimientos narrados en la novela 1984, de George Orwell, son un apropiado y espeluznante ejemplo de los límites hasta donde se puede empujar la adopción de este método.

Esta autoridad reconocida a la fuente es una expresión del hecho según el cual, como dice Bourdieu (1995:102), "las relaciones lingüísticas siempre son relaciones de fuerza simbólica a través de las cuales las relaciones de fuerzas entre los locutores y sus grupos respectivos se actualizan bajo una forma transfigurada". Al aceptar la autoridad de la fuente, el lector acepta su subordinación. O, en otros términos, se "actualizan" en las relaciones discursivas las relaciones asimétricas de las fuerzas sociales.

Estudiosos de este tema han tratado de levantar una clasificación de las fuentes. Villafañe y otros coautores, por ejemplo⁹, hablan de trece tipos de fuentes: Centros regionales, Corresponsales y reporteros, Documentación y agentes del Medio, Fuentes gubernamentales, Patronales, Sindicatos, Partidos políticos, Organizaciones sociales, Expertos, Testimonios, Agencias de noticias, Otros medios de información y Otras fuentes. Sin discutir la osadía borgiana del último de los elementos de la serie ("Otras fuentes"), que da para todo, esa diversidad podría sintetizarse en cuatro, que coinciden con las que han sido la base de nuestro análisis: Fuentes de poder, Expertos, Testimonios y Otros medios.

Para completar este panorama del carácter de las fuentes, hay que agregar aquéllas que Roland Barthes (1987:156) reconoce ya no en el plano del contenido manifiesto de los discursos sino en el plano de las estructuras. Es decir, expresiones que flotan en el ámbito de la escritura, planean, están allí a la disposición de quien quiera tomarlas para su uso libre, están colectivizadas, difusas en el reservorio del lenguaje. Son modelos estilísticos, frases construidas, expresiones consagradas, sedimentaciones espesas del lenguaje, casos de paradigmas lignificados de escritura "cuyo origen es ilocalizable": "Esto tiene tanto de ancho como de largo", "Así las cosas", "Todo parece indicar que...", etc. ¡Pensar que el dominio de estos tics hace competente a los periodistas!

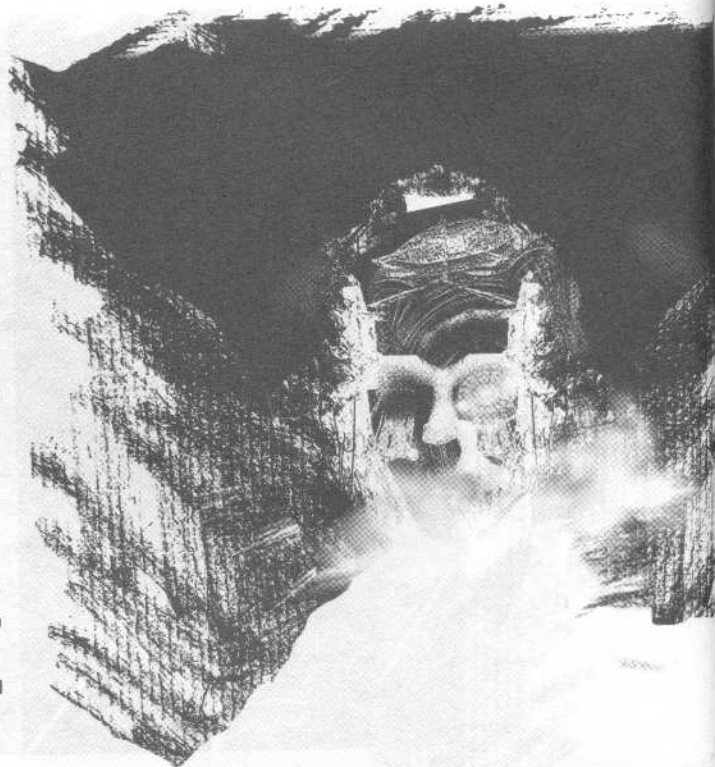


4 Cabe preguntarse acerca de las características y relaciones que establecen la voz que sostiene el relato de la información (el homólogo del narrador en literatura) y la voz de las fuentes. Para dar respuesta a este interrogante, habría que considerar, de una parte, que, en términos de lógica argumentativa, los comentarios y las evaluaciones que se encuentran en el discurso informativo no inequívocamente atribuibles a las fuentes (y que, en consecuencia, examinadas con rigor, son responsabilidad de la voz que sostiene el relato), son presentados de tal manera que parecerían una inferencia necesaria de lo que la fuente ha expresado. De esa manera, esos comentarios aparecerán más bien como una especie de consecuencia inevitable y no como una anticipación. Sin embargo, lo que es constatable en la práctica de la producción de la información es más bien la búsqueda de fuentes cuya apreciación ideológica sobre la realidad se sabe de antemano coincidente con el comentario del relator. Fijada con anterioridad la conclusión, la tarea se reduce a buscar fuentes que, presumiendo ser anteriores a ella, permitan que la conclusión luzca como resultado cuando, en realidad, es preexistente. Se trata sólo de legitimarla.

Pero, de otra parte, al ser integrada a la voz del que profiere el relato (¿sería abusivo denominarlo "narrador"?), la voz de la fuente citada se le subordina. Como se sabe por la lingüística, esta subordinación puede tomar una forma directa (la cita es textual) o indirecta (la cita es de sentido). En el segundo caso, la posibilidad de una manipulación es evidente: el "narrador" dice lo que ha afirmado la fuente a través de perífrasis, de síntesis, de resúmenes, de ampliaciones, mecanismos retóricos por medio de los cuales el "narrador" puede introducir sesgos particulares, resaltar ciertos aspectos y opacar otros, aislar declaraciones, subrayar matices, etc. Es decir, entreverarse en la voz citada.

Parecería, en cambio, que la realización de esta manipulación no sería posible en el primer caso dado que el "narrador" cita textualmente a su fuente. Sin embargo, el hecho de que cite sólo lo que él selecciona (y no la totalidad) y de que lo integre a su propia voz abate esa posibilidad. La voz de la fuente citada cae así en una red de relaciones contextuales internas al texto que le imprime inevitablemente un sentido particular.

Ahora bien, a diferencia del narrador en literatura, cuya obligación respecto de la realidad es de verosimilitud (inclusive cuando esa literatura es "fantástica"), el narrador de los discursos informativos sostiene con la realidad una relación de verdad. Mientras que la literatura debe ser creíble (insisto: inclusive si lo narrado es fantástico: la metamorfosis de Gregorio Samsa en un insecto se instala "naturalmente" en el texto; Remedios la Bella sube al cielo como si se tratara de un acto normal), la información debe ser verdadera. De allí entonces que ésta admita (y le sea exigible) una comparación referencial, mientras que lo narrado en la literatura no admite ni se le exige ser buscado en el supuesto correlato de la realidad: que nadie busque en ésta ni a Gregorio Samsa ni a Remedios la Bella: perderá su precioso tiempo racionalista.



5 El estatuto de la fuente concebida en los términos en que ha sido expuesto aquí conduce a pensar que ella le da legitimidad a la valoración ideológica que, ya sea explícita o veladamente, acompaña la referencia a los acontecimientos en los discursos informativos. Esta valoración es hija, claro está, de las fuentes, pero también, y sobre todo, de la voz que habla e integra las voces ajenas a su propio flujo. Ahora bien, como el discurso informativo tiene pánico a aceptar la subjetivación, endosa toda la responsabilidad a las fuentes para hacer aparecer la información no como producto de un proceso orientado y marcado por individuos productores sino como la transferencia pura de la realidad al texto. Al avalar y reforzar el punto de vista (sin embargo negado) del productor, como ha sido mostrado, la fuente refuerza el sistema de dominación que, de esa manera "transfigurada" (Bourdieu), existe en la sociedad. Las fuentes, pues, son un recurso retórico que incide en la percepción de los acontecimientos sociales mediatizados (y también, por desconocimiento, de los no mediatizados), y en tal sentido, puesto que, al menos en Colombia, se afirman funcionales al poder establecido, refuerzan la estructura del edificio económico y político. El uso de las fuentes reproduce el sistema de dominación.



1. En anteriores trabajos míos (LA ILUSION INFORMATIVA, Universidad del Valle, Cali, 1993; LOS ANIMALES SOLO VIVEN EN EL PRESENTE, Universidad del Valle, Cali, 1997) he intentado hacer una presentación y un desarrollo de tales procedimientos a los cuales he dado el nombre de "operaciones". En síntesis, éstas son: Selección, Combinación, Temporalidad, Espacialidad, Exhaustividad, Prueba (de la cual hacen parte las fuentes), Explicación, Contextualización, Ordenamiento, Clasificación, Figuras Retóricas, Ubicuidad, Codeterminación, Institucionalización, Representación, Circunstancialización, Identificación, Deficcionalización. Toda extensión de estos términos deberá ser consultada en los libros referidos.
2. Al hablar de "efecto de objetividad" no se quiere decir que los textos sean objetivos; se quiere decir que producen ese efecto. Lo verdadero no es, pues, la objetividad sino el efecto, de la misma manera que, en los alucinados, es verdadero que, demos por caso, la luna los persigue: su alucinación es cierta.
3. "La violencia simbólica es (...) aquella forma de violencia que se ejerce sobre un agente social con la anuencia de éste" (1995:120).
4. Los no muy lejanos casos de Milosevic en Serbia y de Fujimori en el Perú son dos tristes ejemplos.
5. Puesto que ella es omnipresente y pertenece a todos (1987:115).
6. El mismo Barthes utiliza una terminología adscrita a un campo semántico bélico: "La guerra de los lenguajes", por ejemplo, es el título de uno de sus artículos; "La paz cultural", otro.
7. En el desarrollo de uno de mis cursos en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle constatamos el orden en que se presentan las siguientes fuentes en el noticiero de televisión CMI del 17 de noviembre de 1999 : la esposa de un agente, el Comandante de las Fuerzas Militares, el Director de la Policía Nacional (dos ocasiones), el Comandante del Ejército, el Ministro del Interior, el Fiscal General, la compañera de un cajero, el Alcalde de Manatí, Atlántico, un Representante a la Cámara, el Vicepresidente de la Asobancaria, el Ministro de Hacienda, el Contralor General, el Director de la Aerocivil, cuatro Senadores, un miembro de la Junta Directiva de Ecopetrol, el Ministro de Minas (dos ocasiones), un afectado de la Escuela La Cabaña. No deja de tener su interés el hecho de que aquellas fuentes que no desempeñan un cargo se designan por un genérico: "esposa", "compañero", "afectado".
8. "...estos intelectuales-periodistas sirven para (...) imponer, principalmente a través de sus juicios críticos, principios de evaluación de las producciones culturales..." (Bourdieu : 1994:6)
9. Ver Villafañe et al. Fabricar noticias. Las rutinas productivas en Radio y Televisión. Mitre, Barcelona, 1987, p. 56.

Bibliografía

- BARTHES, Roland. "La paz cultural" (pgs. 113-118) in EL SUSURRO DEL LENGUAJE. Paidós, Barcelona, 1987.
 "La división de los lenguajes" (pgs. 119-133) in idem.
 "El estilo y su imagen" (pgs. 149-159) in idem.
- BOURDIEU, Pierre. "L'emprise du journalisme" in ACTES DE LA RECHERCHE EN SCIENCES SOCIALES #101-102. Marzo de 1994.
- BOURDIEU, Pierre y Loïc J. D. Wacquant. RESPUESTAS. POR UNA ANTROPOLOGIA REFLEXIVA. Grijalbo, México, 1995.
- VILLAFANE et al. Fabricar noticias. Las rutinas productivas en Radio y Televisión. Mitre, Barcelona, 1987.